



Momento de la firma del acuerdo de alto el fuego entre egipcios e israelíes en un lugar situado en el kilómetro 101 de la carretera que va de El Cairo a Suez.

ORIENTE ARABE

LA PAZ Y LA JUSTICIA

EGIPTO se declaraba en guerra hace unos días con los Estados Unidos: «Es un honor para nosotros —decía, irónico, Sadat— que una superpotencia esté en pie de guerra contra Egipto». Ahora los dos países han reanudado sus relaciones diplomáticas, rotas desde hace tantos años. Y se quedan fuera de juego —fuera de paz— otros países árabes. Los aliados de Egipto. Hablan de paz, de los seis puntos acordados, de la próxima reunión de Ginebra, como de una traición. Es la paz americana, y Egipto la ha aceptado. A cambio —dicen— de nada. Y hace unos días, Israel contaba aún con una cierta amistad de los países de Europa —con la excepción de Francia—, de los «Nueve»; y ahora se encuentra con una declaración de hostilidad. Incluyendo a Holanda. La Europa de los Nueve emite un comunicado alineándose con los países árabes: la adquisición de territorios por la fuerza es ilegal, Israel debe retirarse a sus fronteras y debe reconocer sus derechos a los palestinos. El giro europeo tiene una razón: el petróleo. Decididamente, no estamos en tiempos de moral o de ética, de idealismo o simplemente de coherencia. Uno de los mayores amigos de los árabes,

uno de los peores enemigos de Israel es el fin de semana europeo: la gasolina para que los automovilistas huyan locamente de las ciudades entre sábado y lunes. Y todo lo que ello simboliza.

Siria, Irak, el Líbano, temen ahora que Egipto esté haciendo la paz por su cuenta. Van a acudir, sin duda, a la conferencia de Ginebra, que deberá señalar la paz que podría ser definitiva entre Israel y los países árabes. Difícilmente tienen otra solución. Se sabe cuál es la base para la paz: las fronteras de Israel en 1967. La firma mutua de las condiciones del acuerdo en seis puntos representa ya un reconocimiento de hecho del Estado de Israel por parte de Egipto. La conferencia será el espaldarazo. Quizá dure meses, tal vez años; se discutirán las exigencias de seguridad de Israel, el estatuto de Jerusalén y se hablará de los palestinos. Pero los palestinos saben ya que han perdido la guerra. Lo sabían desde que estalló. Dicen que todos los acuerdos de Kissinger y Sadat no son más que «un escenario burlesco». Cuando empezó la batalla de octubre, los palestinos comprendieron inmediatamente que se trataba de eliminaciones de una manera imprevista; cuando Sadat

anunció que los propósitos árabes eran los de recuperar el territorio perdido en 1967, que los buenos oficios del Consejo de Seguridad de la ONU no les devolverían, los palestinos supieron —o confirmaron— que su verdadero objetivo, el de ser reinstalados en los hogares perdidos, el de volver a trabajar sus tierras, era algo muerto. La impresión que tienen ahora es la de que este desenlace, o principio de desenlace, estaba calculado desde un principio. La guerra formaba parte del decorado. Y Egipto estaba decidido a cambiar de alianzas. ¿Con respecto a la URSS? No, sin duda la URSS está detrás de estos acontecimientos, y ha dado sus buenos consejos a El Cairo para que acepte el apaciguamiento.

Los seis puntos del plan Kissinger-Sadat son una concesión importante. Al aceptar el acuerdo, Egipto ya no ha insistido en que es una condición previa el regreso de Israel a las líneas de alto el fuego del 22 de octubre, sino que ha requerido únicamente un pasillo, una franja de terreno para poder avituallar la ciudad de Suez y el III Ejército embolsado; pero se compromete a no enviar por este pasillo material militar y acepta la supervisión de las Naciones Unidas en su recorrido, y

la de la policía israelí al final del mismo. Estas son las bases principales de lo firmado en el kilómetro 101 de la carretera El Cairo-Suez, donde se han reunido los negociadores israelíes y egipcios, por primera vez en los veinticinco años de guerra mutua. Ya no hay obstáculos para la reunión de Ginebra que organizará la ONU, que supervisarán los Estados Unidos y la Unión Soviética. Es posible que la oposición de China haya sido vencida en el viaje de Kissinger a Pekín; era la única que quedaba, hasta ahora, entre las potencias que cuentan.

Es inútil insistir, por sabido, que las verdaderas condiciones de paz en el Oriente árabe no serán nunca alcanzadas mientras no haya un verdadero equilibrio social, una justicia real. Los palestinos no cesarán en sus demandas hasta que no sean exterminados físicamente. Las poblaciones árabes no harán más que exigir el reparto de la riqueza ante el mayor enriquecimiento de los jeques y los reyes del petróleo. La cuestión está en saber si Israel va a seguir siendo presentado ante ellos como el único culpable de su miseria o si las nuevas condiciones de paz eliminarán esta apoyatura retórica y restablecerán la realidad del problema. ■ J. A.